



UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III

EL DÍA DE ILUCHA

FOMA ocupaba dos grandes y bien acondicionadas habitaciones, las mejor amuebladas de la casa. El grande hombre estaba rodeado de confort.

Las coladuras de cielo claro, los visillos que adornaban las ventanas, la alfombra, el espejo, la chimenea, los muebles elegantes, las consolas, todo daba testimonio de los cuidados y atenciones que prodigaban á Foma los dueños de casa.

Había flores en las ventanas y en los veladores colocados en los entrepaños.

En medio del cuarto de trabajo se veía una gran mesa cubierta de rojo, cargada de libros, de manuscritos, entre los que se destacaban un soberbio tinte-

34773

CAPÍTULO III
EL DÍA DE ILUCHA

ro grande y un montón de plumas entregados al cuidado de Vidopliassov, y todo destinado á significar la importancia de los trabajos intelectuales de Foma Fomitch.

A este propósito diré que después de muchos años que llevaba Foma en la casa nunca había producido nada que fuese digno de mención, y más tarde, cuando abandonó esta tierra por un mundo mejor, examinamos sus manuscritos: nada valía nada.

Encontramos el comienzo de una novela histórica cuyo asunto se situaba en el siglo VII, en Novgorod; un poema monstruoso en verso blanco: *El Anacoreta en el cementerio*, que era un amasijo de indagaciones absurdas sobre la propiedad rural, la importancia del mujik y el modo de tratarle; y por fin una novela mundana, también empezada: *La Condesa Vlonkaia*. Eso era todo. Sin embargo, Foma Fomitch imponía á mi tío un gasto anual enorme en libros y revistas, muchos de los cuales se hallaron intactos. Aparte de eso, muchas veces había podido sorprender á Foma hundido en la lectura de un Paul de Kock, prontamente ocultado.

Una puerta vidriera daba paso al gabinete de trabajo.

Nos esperaban. Fomitch, estaba sentado en un sillón comfortable, sin corba-

ta, como de costumbre, y vestido con un largo gabán que le llegaba á los talones. Estaba, en efecto, silencioso y preocupado. Al entrar nosotros levantó ligeramente las cejas y me miró con una mirada escrutadora. Le saludé; me contestó con un saludo apenas perceptible, pero no por eso menos cortés. Mi abuela al ver que Foma me había concedido su benevolencia, me dirigió una breve inclinación de cabeza y una sonrisa. La pobre mujer no esperaba que su favorito acogiese con tanta calma la fuga de Tatiana Ivanova, y esto la había llenado de alegría á pesar de sus crisis y de sus desfallecimientos de por la mañana.

La señorita Perepelitzina estaba detrás de su silla, en el puesto de siempre. Cerca de la generala estaban dos mujeres viejas y silenciosas, á las que protegía como pertenecientes á buenas familias. También figuraba en la reunión una religiosa que había llegado por la mañana y una señora de la vecindad, muy anciana y que no hablaba palabra, que vino después de la misa á felicitar á la generala. Mi tía Prascovia Ilinitchna permanecía oculta en un rincón y mirando á Foma y á la generala con evidente inquietud.

Mi tío, sentado en un sillón, tenía en la mirada un brillo intenso. Ante él

Perepelitzina

estaba llucha, guapo como un ángel con sus cabellos rizados y su traje de día festivo, de seda roja. Sacha y Nastenka le habían enseñado unos versos para que el goce de su padre en aquel día fuese aumentado por los progresos del chico.

El tío estaba á punto de llorar de felicidad: la dulzura inesperada de Foma, la alegría de la generala, los versos, todo esto le había regocijado por completo y había pedido solemnemente autorización para que me buscasen, con el fin de que oyese los versos y participase de la satisfacción general. Sacha y Nastenka, que entraron después de nosotros, se sentaron al lado de llucha. Sacha se reía á cada instante, feliz como una niña, y á pesar de su palidez y decaimiento, Nastenka acabó por sonreír también al verla. Ella había sido la única persona que acogió á Tatiana después de su expedición y no la abandonó un instante.

El pícaro llucha miraba á sus dos institutrices como si no pudiese contener la risa. Debían haber preparado entre los tres alguna broma muy divertida y se aprestaban á ponerla en práctica.

Ya no me acordaba de Bakhtcheief. Sentado en una silla, siempre colorado y furioso, no hablaba, y en cambio se movía con inquietud, se sonaba á cada

momento, erigiendo su lúgubre silueta en medio de aquella fiesta de familia. Ejevikine se acercó á él para ponerse á sus órdenes. Era el hombre de las pequeñas atenciones con todos; besaba las manos de la generala; cuchicheaba algunas palabras al oído de la señorita Perepelitzina; hacía la corte á Foma Fomitch; en una palabra, se multiplicaba. Mientras oía los versos de llucha, se precipitó á mi encuentro con gran cantidad de saludos en testimonio de su estimación y afecto. No se habría creído que venía á Stepantchicovo para defender á su hija y llevársela consigo para siempre.

—¡Aquí está, aquí está!—exclamó alegremente mi tío al verme.—llucha ha querido darme la sorpresa de recitar una poesía; sí, es una gran sorpresa. Estoy verdaderamente emocionado; he mandado que te llamasen expresamente. Siéntate á mi lado y escuchemos. Foma Fomitch declara que has sido tú quien le inspiró esta idea para agradarme. No hay duda.

Desde el momento en que mi tío hablaba así en semejante tono, podía suponerse que todo marchaba bien. Pero como había dicho Mizintchikov, la desgracia estaba en que mi tío no sabía leer en la expresión del rostro. Al contemplar el aspecto de la generala, pude

comprender que el antiguo húsar había observado bien, y que, en efecto, podía esperarse cualquier repentino truco de teatro.

—No haga usted caso de mí, coronel—contestó con voz débil, con voz de hombre que perdona á sus enemigos.—No puedo menos de elogiar el acierto de esta sorpresa que prueba la sensibilidad y el talento de sus hijos. Los versos tienen una gran utilidad, aunque no sea más que por el ejercicio intelectual que llevan consigo... Pero esta mañana, coronel, no era la poesía precisamente mi principal preocupación; he estado rezando. Sin embargo, no por eso estoy menos dispuesto á oír los versos.

Durante este párrafo yo besé á Ilucha y le felicité.

—Es verdad, Foma; me habré olvidado; te pido perdón; pero estoy seguro de tu amistad. Vamos, Ilucha, empieza. ¿De qué se trata? Seguramente de una oda solemne... de Lomonosof.

Y mi tío se puso en pié, porque su alegría é impaciencia le obligaban á moverse.

—No, no; no es de Lomonosof—dijo Sachenka, mientras contenía á duras penas la risa; sino que como usted es un antiguo soldado que ha combatido con los enemigos, Ilucha aprendió de memoria una poesía militar: «El sitio de Pamba.»

—«El sitio de Pamba.» ¡Ah! No recuerdo qué era eso de Pamba... ¿Lo sabes tú, Serioja? Sin duda debe de haber ocurrido allí alguna cosa heroica,—y mi tío volvió á ponerse en pie.

—Recita, Ilucha—ordenó Sachenka.

Ilucha comenzó á recitar, con una voz fina, clara é igual, sin detenerse en los puntos ni en las comas, según la costumbre de los niños que dicen versos aprendidos de memoria:

Nueve años hace que Pedro Gómez tiene sitiado el castillo de Pamba; no toma otro alimento más que leche; y todo el ejército de Don Pedro, en cantidad de nueve mil castellanos, obedece á sus promesas y no come más que pan, ni bebe más que leche.

—¿Cómo? ¿Qué es eso?—exclamó mi tío, mirándome con asombro.

—¡Sigue!—dijo Sachenka.

Cada día que pása Don Pedro va reconociendo las dificultades de la empresa. Ya empieza el año décimo; y los perversos moros triunfan, porque ya no quedan del ejército de Don Pedro más que diecinueve hombres...

—¡Pero eso es una sarta de disparates!—exclamó mi tío con inquietud.—¡Es imposible! ¡No quedan más que diecinueve hombres de un ejército antes tan numeroso! ¿Qué significa todo ello?

Sacha no pudo más y dió suelta á una carcajada franca, infantil, y aunque la

composición no tuviera en realidad nada de divertida era imposible mirar la cara de la muchacha sin compartir su hilaridad.

—¡Si es una poesía cómica, papá!—gritó, alegre de su ocurrencia pueril.—El autor no la ha escrito más que para hacer reír, papá.

—¡Ah, vamos, es una poesía cómica!—exclamó mi tío con el rostro radiante.—Una poesía cómica. Lo que yo pensaba. ¡Una poesía cómica! ¡Es gracioso el tal Gómez que no daba más que leche á todo su ejército para cumplir una promesa! ¡Tiene intención una promesa semejante! Es muy espiritual ¿verdad, Foma? ¿Ve usted, madre? Los autores se divierten á veces con escribir poesías fantásticas. ¿No es así, Sergio? ¡Tiene una gracia! Anda, Ilucha, continúa:

Sólo quedan diecinueve hombres. Don Pedro los reunió y les dijo: «Oh, mis diecinueve soldados! Despleguemos nuestras banderas y hagamos sonar las trompas, y abandonaremos así la Pamba. Cierto que no nos hemos apoderado de la plaza; pero podemos jurar sobre nuestra conciencia y nuestro honor que ni una sola vez hemos hecho traición á nuestra promesa, y que desde hace nueve años no hemos tomado más, absolutamente nada más, que leche.»

—¡Qué imbécil! ¡Se consuela con facilidad—interrumpió aún mi tío,—porque no ha bebido más que leche durante

nueve años! ¡Buen negociol! Mejor le habría sido comerse un cordero él y dejar que los demás comiesen á su gusto. ¡Está bien! ¡Es magnífico! Ahora lo comprendo: es una sátira... ó como se llame eso... una alegoría, algo así. ¡Eso podría ir dirigido á determinado guerrero extranjero!—añadió volviendo hacia mí el rostro, con el entrecejo fruncido y guiñándome un ojo.—¿Qué opinas tú? Claro que es una sátira inofensiva que no puede herir á nadie. ¡Muy bonito! ¡Muy bonito! ¡Y tiene un fondo de nobleza! Sigue, Ilucha. ¡Ah, las picaruelas! ¡Las picaruelas!—Y miraba á Sachenka, y después, furtivamente á Nastenka, que sonreía ruborizándose.

Enardecidos por este discurso, los diecinueve castellanos, vacilando sobre las sillas de sus caballerías, gritaron: «¡Santiago de Compostela! ¡Honor y gloria á Don Pedro! ¡Honor y gloria al señor de Castilla!» Y el capellán Diego, murmuró entre dientes: «Si yo hubiese sido el comandante habría hecho voto de no comer más que carne y de no beber más que vino.»

—¿Qué decía yo?—exclamó satisfecho mi tío.—¡El único hombre inteligente de toda esa tropa era el tal capellán! ¿Qué significa eso, Sergio? ¿El capitán ó qué?

—Un sacerdote, tío; un religioso.

—¡Ah, sí! ¡Capellán! Recuerdo. He leído algo sobre eso; en Radcliffe los hay de diferentes órdenes... Benedic-

tinios, si no me confundo... Hay capellanes benedictinos.

—Sí, tío.

—Es lo que me parecía á mí. Adelante, Ilucha. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Al oír esto Don Pedro dijo entre una carcajada ruidosa: «Le debo un carnero, porque ha dado con una excelente argucia».

—¡Era tiempo de risas! ¡Qué imbécil! ¡Un carnero! Si había carneros ¿por qué no los comía él mismo? ¿Qué más, Ilucha? ¡Es magnífico! ¡Es intencionado!

—¡Se acabó, papá!

—¡Ah! ¿Se acabó? Realmente, ya no había nada que hacer, ¿verdad, Sergio? ¡Muy bien, Ilucha! ¡Maravillosamente bien! ¿Pero de quién ha sido esta idea? ¿Fué tuya, Sacha?

—No; fué Nastenka. Habíamos leído estos versos hacía tiempo. Ella había dicho entonces: «Es divertido; hay que hacer que lo aprenda Sacha para su santo; ¡se reirán!»

—¡Ah! ¿Fué usted, Nastenka? Le doy las gracias—murmuró mi tío, ruborizándose como un niño.—¡Otro beso, Ilucha! Tú también, pícara—dijo levantando en brazos á su hija y mirándola con amor. Y añadió, como si de tan contento como estaba no supiese qué decir:—Espera un poco, Sachenka, pronto será tu santo.

Pregunté á Nastenka que de quien era aquella poesía.

—¡Ah! Sí. ¿De quién es?—se apresuró á insistir mi tío. En todo caso, su autor es un mozo inteligente. ¿No es cierto, Foma?

—¡Hum!—gruñó Foma cuya sonrisa sardónica no le había abandonado los labios durante el recitado de los versos.

—No me acuerdo—contestó Nastenka mirando con timidez á Foma Fomitch.

—Es de Kouzma Proutkof; le hemos visto en el *Contemporáneo*—aclaró Sachenka.

—¿Kouzma Proutkof? No le conozo—dijo mi tío.—¡Conozco á Pouchkine! Por lo demás se advierte que es un poeta de mérito, ¿no te parece, Sergio? Y además, se siente que solo se preocupa de pensamientos nobles. Acaso sea militar. Me parece admirable. Ese *Contemporáneo* forma una excelente revista. Voy á suscribirme á ella, si cuenta con tan buenos poetas como colaboradores. Me encantan los poetas; son gente noble. ¿Te acuerdas, Sergio? En tu casa de San Petersburgo he visto á un escritor. Tenía una nariz rara... verdaderamente. ¿Qué dices, Foma?

—Nada, nada... nada—contestó éste fingiendo que contenía sus deseos de sonreírse.—Siga usted, Yegor Ilitch, siga. Yo hablaré más tarde... Stefano

Alexievitch escucha también con gusto su relato sobre los hombres de letras de San Petersburgo.

Bakhtcheief, que estaba separado y absorto en sus pensamientos, alzó vivamente la cabeza y se agitó en el sillón en que reposaba.

—¡Foma, déjame tranquilo!—dijo fijando en su interlocutor una mirada perversa de sus ojillos inyectados en sangre.—¿Qué tengo yo que ver con tu literatura? ¡Que Dios me dé salud!—concluyó murmurando,—todos esos escritores son unos volterianos y nada más que eso.

—¿Los escritores no son más que volterianos?—dijo Ejevikine, acercándose á Bakhtcheief.—Es una gran verdad. El otro día, Valentín Ignatich decía lo mismo. A mí también me había calificado de volteriano; ¡se lo juro! Y sin embargo, ¡yo he escrito tan poca cosa! Todos lo saben. Es para decirle á usted que si se cae un cántaro de leche, ya la culpa es de Voltaire. Somos así nosotros.

—No—repuso gravemente mi tío—¡Es un error! Voltaire era un escritor que censuraba las supersticiones de una manera mordaz; pero nunca fué volteriano. Son los enemigos suyos los que le calumnian. ¿Por qué hacer caer todo sobre este infeliz?

La perversa risa de Foma se hizo oír

una vez más. Mi tío le dirigió una mirada inquieta y se turbó visiblemente.

—No, Foma, yo hablo de los periódicos—dijo confusamente.—Tenías razón cuando me decías que había que suscribirse. Soy de tu misma opinión. Las revistas propagan la cultura. Seríamos unos malos patriotas si no nos suscribiésemos. ¿No es exacto, Sergio? Sí... Tomemos por ejemplo *El Contemporáneo*. Pero, los artículos científicos más importantes se publican en aquella revista grande ¿cómo dices que se llama? con una cubierta amarilla.

—Las *Memorias de la Patria*.

—Eso es. ¡Qué bello título! Es, por decirlo así, toda la patria escribiendo notas. ¡Es muy voluminosa! Allí tienes artículos cuya ciencia le deja á uno bizco. Hace tiempo, ví un libro, lo cojo por curiosidad, lo abro y leí tres páginas de un tirón. Me quedé con la boca abierta. Los sabios lo saben todo, pensé. Nada se ignora ya en estos tiempos.

No sé qué iría á hacer Foma ante la nueva salida de mi tío, pero, en el momento preciso, apareció Gavriilo, y con la cabeza baja se detuvo en el umbral de la puerta. Foma le miró con aire significativo.

—¿Está todo listo, Gavriilo?—interrogó con voz débil, pero resuelta.

—Todo—contestó tristemente Gavriilo.

—¿Has metido el paquete en el carro?

—Sí, lo he metido.

—¡Pues vamos allá!—dijo Foma.

Se levantó con lentitud del sillón. Mi tío le miraba asombrado. La generala abandonó su sitio y dirigió en torno una mirada.

—Ahora, coronel, —comenzó Foma con extremada dignidad,— permítame rogarle que abandone momentáneamente ese tema tan interesante; le será fácil proseguir su desenvolvimiento sin necesidad de mi auxilio. Pero antes de decirle á usted mi despedida para siempre, desearía decirle algunas palabras todavía.

El terror y el asombro se apoderaron de todos los presentes.

—¡Foma! ¡Foma! ¿Qué te pasa? ¿A dónde quieres llevarme?—gritó al fin mi tío.

—Me dispongo á salir de su casa, coronel—expuso Foma con voz segura.—He decidido ir donde el viento me lleve y con ese objeto he alquilado un pequeño carricoche. Mi pequeño equipaje está ya en el saloncillo; no es grande; algunos libros preferidos, mudas de ropa y eso es todo. Soy pobre, Yegor Ilitch; pero por nada del mundo aceptaría su oro, y de eso se habrá usted podido convencer ayer.

—Pero Foma, por Dios, ¿qué significa todo esto?—suplicó mi tío, más blanco que la camisa.

La generala dió un grito, y tendió desesperadamente los brazos hacia Foma Fomitch, cuando la señorita Perepelitzina se adelantó á sostenerla. Las señoras lame-platos, permanecieron en sus sillas y el señor Bakhtcheief se puso pesadamente en pie.

—Bien; ya empieza esto—murmuró junto á mí Mizintchikov.

En este momento llegaron los rumores lejanos del trueno; se acercaba la tormenta.

Perepelitzina